

Por Vicente Gay y Forner

VICENTE GAY

Qué es el SOCIALISMO

Qué es el MARXISMO

Qué es el FASCISMO

La lucha de las tres doctrinas

LIBRERÍA BOSCH / BARCELONA

AUTORIZA Y RECOMIENDA LA REPRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN POR CUALQUIER MEDIO DEL SIGUIENTE TEXTO, AGRADECIENDO SEA CITADA SU PROCEDENCIA.

NOTAS DE LA EDICIÓN:

Ediciones EL ÚLTIMO AVATARA tiene el honor de presentarles la edición en soporte informático de los capítulos dedicados al Nacionalsocialismo de la obra "QUÉ ES EL SOCIALISMO. QUÉ ES EL MARXISMO. QUÉ ES EL FASCISMO. LA LUCHA DE LAS TRES DOCTRINAS", del Catedrático universitario D. Vicente Gay y Forner, publicado en 1933 en Barcelona por Librería Bosch, a los pocos meses de haber conseguido el Poder el movimiento hitleriano y recién comenzado el resurgir del pueblo alemán.

El autor, proveniente de las filas del catolicismo monárquico antiliberal, analiza en los epígrafes seleccionados los puntos fundamentales de la cosmovisión y doctrina Nacionalsocialistas, tomando para ello como referencia principal a *Gottfried Feder*, en sus obras "*El programa del partido obrero nacional-socialista alemán* y sus pensamientos fundamentales sobre la concepción del mundo" y "*El Estado alemán en sus fundamentos nacionales y sociales*" (*Der Deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage*, München, 1932).



INDICE

-CONCEPCIONES FUNDAMENTALES DEL NACIONAL-SOCIALISMO

1.-NUEVA CONCEPCIÓN DEL MUNDO

2.-CONCEPCIONES ECONÓMICAS: IDEA DEL VALOR

3.-LA UTILIDAD SOCIAL PRIMERO QUE LA UTILIDAD PARTICULAR

4.-FIN DE LA POLÍTICA ECONÓMICA ES CUBRIR NECESIDADES, NO AUMENTAR LA RENTABILIDAD DEL PRÉSTAMO CAPITALISTA

5.-EMANCIPACIÓN DE LA SERVIDUMBRE DEL INTERÉS DEL DINERO

6.-LA POLÍTICA FINANCIERA: LA POTENCIA MONETARIA NO DEBE FORMAR UN ESTADO DENTRO DE OTRO ESTADO

7.-LA POLÍTICA AGRARIA

8.-POLÍTICA INDUSTRIAL

9.-LA POLÍTICA COMERCIAL. LOS BAZARES

10.-LA ESTATIFICACIÓN

11.-LA HACIENDA. EL ESTADO SIN IMPUESTOS

-ANTI-MARX

1.-ANTI-MARX

2.-SOLIDARIDAD, NO LUCHA DE CLASES

3.-COMPOSICIÓN DEL PARTIDO NACIONAL-SOCIALISTA

4.-LA CRUZ GAMADA

5.-EL SOCIALISMO NACIONAL Y EL ANTIFASCISMO DE LOS MARXISTAS

-POSTSCRIPTUM

-CONCEPCIONES FUNDAMENTALES DEL NACIONAL-SOCIALISMO

1.-NUEVA CONCEPCIÓN DEL MUNDO

La base ideológica del nacional-socialismo la designan sus fundadores con el nombre de "nueva concepción del mundo" (*Weltanschauung*). Ello significa tanto como una nueva representación de la vida, otra imagen, sino nueva, como quieren los nacional-socialistas, muy diferente, por lo menos, de la que imperaba en Alemania después de la guerra grande. Es algo así como un nuevo clima, otro ambiente moral en el que los espíritus ven las cosas desde otro ángulo visual.

Complementaria de esta concepción es la afirmación relativa al pueblo alemán, que se concibe como una hermandad (*Volksgemeinschaft*), teniendo como distintivo el ser una comunidad cultural y racial.

La sociedad alemana no está concebida como una agregación de individuos, como lo hace una concepción individualista y abstracta que ha venido imperando en la política liberal democrática y de las concepciones abstractas del revolucionarismo francés. Alemania, a semejanza de la concepción italo-fascista, es una realidad espiritual histórica con caracteres distintivos.

Todo lo que no esté conforme con este punto de vista, no puede ser nacional-socialista. Y es indudable que para un viejo liberal esa idea de la comunidad superior de la nación y esos deberes que ello engendra, con las correspondientes limitaciones y subordinaciones en bien de la comunidad, resultará algo inconcebible y rechazable. Pero lo cierto es que las grandes reformas que se consignan en el programa del partido no pueden concebirse sino en armonía con tales bases ideológicas.

2.-CONCEPCIONES ECONÓMICAS. IDEA DEL VALOR

Para la concepción integral y filosofía económica del nacional-socialismo alemán, se formulan estos principios: *«Objeto, fin y tendencia de la economía no consisten en una cosa, sino, siempre, el hombre únicamente: la conservación y aumento de su fuerza»*.

Y ello quiere decir que la economía no es fin en sí misma sino un medio para asegurar la fuerza del pueblo. Esta es la verdad que no reconocen las concepciones políticas y económicas dominantes de procedencia liberal capitalista.

Expliquemos la cuestión:

Tanto en la teoría como en la práctica de la economía se suele colocar en posición antagónica la producción y el consumo y como antitéticos los intereses de los productores y los consumidores. Y se llama producción económica a la obtención de valores de uso. Y así se acepta que el valor que tiene, por ejemplo, el carbón, de uso o consumo, está ya completo cuando se encuentra preparado para entrar en el horno. De análoga manera piensa el sastre que ha creado un valor económico cuando termina un traje; el labrador cuando ha cosechado su trigo, patatas u obtenido leche de su ganado; el hortelano, sus legumbres; el capitalista, al instalar una fábrica, y el pintor cuando termina un cuadro. Pero esto es un gran error. Todos ellos exageran desconsideradamente su trabajo. Y reciben una dura lección cuando pasa el tiempo y, como ahora sucede, no hay salida para sus productos. El carbón se queda en la bocamina y se cubre de musgo, los vestidos se apolillan y pasan de moda, el trigo se pica, las patatas se pudren, se agria la leche y las máquinas de las fábricas se oxidan y quedan anticuadas. Y entonces los productores sueltan la eterna queja de que sus productos han perdido su valor. Pero, ¿cómo es esto posible si su valor estaba completamente logrado?

El error está en lo siguiente: en los casos del ejemplo siempre ha estado ausente uno y el mismo sujeto, que es el consumidor. Sin él, las mercancías mejores o más bellas, ya sean trigo, carne, carbón o piedras preciosas; no tienen valor. Ese consumidor, tan despreciado y tan deseado al mismo tiempo por la política económica, es lo imprescindible para el perfeccionamiento de la adquisición de valores. Los valores económicos sólo se logran cuando se consumen. Esto parece una contradicción si se profesa la creencia de que el consumo económico supone un aniquilamiento o destrucción de valores, cosa completamente equivocada. La pérdida del valor consiste, precisamente, en que faltando el consumo los productos no recorren el ciclo natural económico que se cierra en el consumo; las fases productivas y de preparación significan tan sólo una parte de la formación del valor, pero no todo él. Los valores naturales pasan a ser riqueza cuando se transforman y apropian, y adquieren pleno valor cuando se consumen y traducen en aumento de fuerza humana. Entonces adquieren la plenitud de su valor. Por lo tanto, no puede haber oposición entre productores y consumidores, porque no cabe antítesis en las fases sucesivas de la valorización.

Por lo tanto, para una comunidad de adquisición de valores, tanto los productores como los consumidores son elementos igualmente importantes y ordenados. Los elementos activos de la economía deben comprender que la función económica no se reduce a la producción de bienes, sino también a su conservación, aumento y subida de la fuerza humana, para lo cual la obtención de los bienes no es más que una preparación. Los bienes materiales, las patatas, el trigo, las máquinas y el carbón, por ejemplo, no son sino medios apropiados para fines más elevados.

En este proceso de valores, existen relaciones de dependencia que son, al mismo tiempo, posiciones diversas de poder y dominio, que pueden provocar conflictos sociales y perturbaciones económicas trascendentales. Tres capas de importancia indudable aparecen en el elemento personal de la producción: la representada por el capitalista que proporciona el dinero, la del empresario y

la de los trabajadores. Sólo un fuerte poder de Estado puede garantizar el desenvolvimiento normal de esos elementos en la comunidad económica.

Las teorías que atribuyen el valor económico a un solo elemento o fase del proceso económico son, por definición, falsas. Ni la fuente del valor está en la naturaleza, como quieren los fisiócratas, ni en el trabajo y en el valor de cambio, como sostienen los clásicos y los marxistas. Hay que buscar el valor en toda la fase de producción y consumo, en todo el ciclo económico, que culmina en el rendimiento social útil. Este es el sentido de la interpretación nacional-socialista (*Klagges, Reichtum und soziale Gerechtigkeit*, 1932).

3.-LA UTILIDAD SOCIAL PRIMERO QUE LA UTILIDAD PARTICULAR

Esta afirmación arranca del maridaje que forzosamente ha de existir entre la Economía y la Moral. Si se separan como valores indiferentes en la vida económica, ésta caería en la prostitución. Después de todo, ¿qué es la prostitución y la trata de blancas y de blancos, como antes la de negros, sino prostitución?

Lealtad en el comercio; laboriosidad y sentimiento del deber en los empleados y trabajadores. Inteligencia, equidad y espíritu de empresa. Sin esto no florece la economía.

Las huelgas violentas o de brazos caídos, los sabotajes, la lucha de clases, son la negación de aquellos principios.

Además, el móvil de las acciones humanas no es siempre el egoísmo. El egoísmo no es una constante absoluta; puede modificarse o quedar vencido por sentimientos altruistas. Esto es lo que los economistas de la nueva concepción llaman "predominio del momento social".

Las antiguas religiones estaban inspiradas en el sensualismo. Babilonia y la idolatría oriental, en sus diversas formas, son un ejemplo de ello. El cristianismo es la afirmación del imperio de los sentimientos de amor al prójimo sobre el egoísmo, la substitución de las ideas antropocéntricas por las místicas, o sea de identificación con la Divinidad. Si no fuera posible esta eliminación del poder exclusivo del egoísmo, ¿habría podido propagarse el cristianismo tanto sobre los vivos como sobre los muertos? Se me podrá argüir que su triunfo aún no es completo. No lo niego, pero, gracias a su predicación, la humanidad ha hecho obras admirables, instituciones cada vez más grandes: templos, hospitales, asilos, leyes de amparo de los desvalidos, de protección a la personalidad humana, encarnaciones y símbolos del alma religiosa y cristiana, porque, en definitiva, el cristianismo es lo que San Juan, en su senectud balbuceaba como credo supremo: «*Hijitos, amaos los unos a los otros, y así complaceréis al Señor*».

El egoísmo y el espíritu de concurrencia, teóricamente considerados, resultan móviles normales y hasta deseables. Ahí está el ejemplo de *Marshall*, meritisimo economista, que explica la concurrencia como un cálculo comercial y no como una lucha que tienda a derivar hacia el desorden y la inmoralidad. Pero basta conocer el mundo de los negocios para comprender que la lealtad en la competencia es algo desconocido en él.

Hay que ir contra tal egoísmo y hacer comprender que el individuo se beneficia cuando el bien social es lo primero.

La racionalización del trabajo crea en el espíritu del trabajador la convicción de que en el aumento de rendimiento una parte le favorece al individuo; es ventaja para el trabajador (momento social en el individual).

* * *

La propiedad individual queda reconocida. Es el fundamento de la economía fascista y nacional-socialista. Pero la propiedad individual no debe convertirse en instrumento de dominio y de poder. La propiedad como derecho de usar y abusar, podrá tener su explicación en la colonización de cierta clase cuando haya que ofrecer enormes ventajas al propietario, pero aun así siempre es una enormidad.

La propiedad privada debe limitarse, regirse por normas de utilidad social.

* * *

El régimen actual da a la propiedad facultades ilimitadas.

Mientras las leyes penales califican como delito el empleo criminal de la fuerza, el ataque a las condiciones de vida de nuestros semejantes y castigan la exacción violenta, el homicidio, el engaño y el enriquecimiento ilícito, en todas partes se permite la acumulación ilimitada de riquezas, con sus procedimientos técnicos dudosos, bancarios y bursátiles que a ello contribuyen.

Las leyes penales dan al acreedor el derecho de llevarse sin consideración alguna la fortuna de un deudor moroso cuando, por circunstancias adversas (enfermedad, muerte, ruina, malas cosechas o encarecimiento), éste no puede cumplir sus obligaciones.

Todos los jueces con experiencia saben cuántas veces merced a tales leyes, han quedado aniquiladas muchas vidas, mientras se sublevaba el sentimiento del derecho en su conciencia ante el caso de hombres que pudieron reponerse de una adversidad circunstancial y, sin embargo, cayeron ante el ataque y la presión brutal del acreedor.

* * *

El reconocimiento ilimitado de los títulos personales de posesión y de acciones legales contra la comunidad, conduce a dañar el bien público mediante la

utilización por los individuos de estos derechos antisociales y fundamentalmente erróneos.

Ante ello, el nacional-socialismo proclama: «*la utilidad social antes que la propia*».

El marxismo afirma este principio: «*todo pertenece a todos*»; el derecho ilimitado de propiedad, repite la inscripción del templo de Mammón: «*Todo pertenece a uno*»; el nacional-socialismo afirma: «*A cada uno, lo suyo*».

En la constitución económica actual, el trabajo está desvalorizado. Porque con el trabajo honrado son muchos los casos en que no se puede ganar lo indispensable para poder vivir. Mientras que, por otra parte, los negocios sin moral acumulan sumas enormes o por el simple título de posesión. La clase media y el proletariado, los trabajadores liberales, son las principales víctimas de esta anormalidad económica.

Y tal régimen, de no enmendarse, acarreará una revolución que nos hundiría en el bolchevismo. Así lo afirma un notable financiero, que no piensa como político, sino como hombre de ciencia: *Bruno Moll*. (su tratado de *Ciencia de la Hacienda*, 1931 y *Gerechsigkeit in der Wirtschaft?*, 1932, Berlín).

4.-FIN DE LA POLÍTICA ECONÓMICA ES CUBRIR LAS NECESIDADES, NO AUMENTAR LA RENTABILIDAD DEL PRÉSTAMO CAPITALISTA

En un organismo económico sano no se puede separar la economía de las exigencias morales. Consecuencia de este punto de partida es que la economía social ha de tener como fin «*la satisfacción de las necesidades*» (*Bedarfsdeckung*).

La satisfacción de las necesidades y no la rentabilidad debe ser el objetivo de la economía social.

El Estado capitalista admite no lo que es necesario y debe producirse en primer lugar, sino *lo que renta*. Todo lo que no produce suficientes intereses y dividendos, de antemano se rechaza. Ejemplo: la necesidad más urgente es la de la vivienda, pero no se atiende porque no renta la construcción.

Sólo cuando la satisfacción de las necesidades puede ser explotada usurariamente, es cuando el capital internacional toma interés en ella.

* * *

Las primeras necesidades son las de la alimentación, habitación y vestido; después, todas las demás hasta alcanzar las culturales de más alto grado. En una economía sana, la producción de bienes se hace para obtener una remuneración suficiente, no para asegurar la mayor rentabilidad del capital. Los

nacional-socialistas recuerdan a empresarios alemanes que se han significado en este sentido (*Krupp, Siemens, Thyssen, etc.*).

Las empresas, durante las coyunturas de alza, toman dinero a préstamo porque pueden pagarlo; pero a la menor baja se ven encadenadas por los Bancos, contrayendo deudas que luego no se pueden pagar.

Los Bancos ya hace tiempo que dejaron de ser los fieles intermediados entre el capital ahorrado y la industria necesitada de medios de explotación. Y el interés de los Bancos en la economía se reduce a que el capital rente lo más alto posible.

¿Qué necesidad cubren los Bancos? La del dinero, se dice. Pero, ¿cómo y en qué condiciones? El panadero, el zapatero, el fabricante, el comerciante, satisfacen las necesidades verdaderas de la alimentación, vestido, etc., y reciben por ello un contravalor: el precio en dinero o en endosos de valores. La necesidad queda, así, cubierta, y el fabricante, por ejemplo, puede comprar ya medios de explotación, de pago de salarios y puede seguir fabricando. Así, queda cerrado el ciclo económico. *«El productor cubre la necesidad del consumidor; el dinero cumple su función originaria y propia como intermediario de los negocios de cambio y fructifica en manos del productor, nuevamente, en la economía».*

Pero el negocio del préstamo bancario es otra cosa. El Banco no se cree obligado a ofrecer su mercancía como cualquier industrial hace. Elige sus clientes. Y, además, exige unas garantías que sobrepasan en mucho al valor de lo que él da; además, pide que se otorgue un documento por el cual el deudor compromete, traba, asegura al Banco todo lo que tiene y puede ganar, en pago de la deuda contraída. Y no le basta al Banco con esto. Además, reclama altos intereses. Todo esto no significa operación productiva alguna. Después, en pocos años, el deudor paga unos intereses que sobrepasan al monto del capital prestado y aún no devuelto.

Esto es absurdo y usurario.

El verdadero sentido del crédito es el préstamo de dinero de quien no lo emplea productivamente a quien está en condiciones de hacerle producir. Si después el prestamista recibe sobre el capital prestado una cantidad que significa la participación del prestamista en las ganancias obtenidas por el prestatario, es explicable. Ese fue el sentido de la concepción canónica sobre el interés que dominó en toda la Edad Media. Pero la exigencia de intereses equivalía a usura.

Hoy, ese interés, condenado por la iglesia, viene a ser un axioma de toda la economía.

El dinero no pare dinero. Ello sería una concepción monstruosa. Pero hoy se reconoce como un derecho la pretensión de que el poseedor del dinero puede aspirar al interés. ¡Trastorno monstruoso de las relaciones entre el trabajo y el dinero convertido en ley! ¡Sólo es trabajo lo que beneficia a la comunidad!

Los nacional-socialistas piden pena de muerte para tales delitos de usura. Y se comprende ya que la usura diariamente causa miles de víctimas.

5.-EMANCIPACIÓN DE LA SERVIDUMBRE DEL INTERÉS DEL DINERO

El dinero es medio de cambio, es cierto, pero no eso sólo: ha de servir también para el trabajo creador.

Actualmente el interés del dinero supone una anomalía económica que arruina y agota no sólo a los individuos sino también a los Estados como deudores. De aquí que el programa del nacional-socialismo haya considerado como una de las reformas económicas principales la emancipación de esa esclavitud que acarrearán los préstamos.

Una gran reforma se prepara en Alemania, actualmente referente al interés del dinero. Merece ser meditada el proyecto del nacional-socialismo, no sólo por la significación que entraña la limitación de la rentabilidad del capital en el sentido de moral económica, sino también porque muestra que hay un anticapitalismo que encauza las energías de la vida económica, pero ni las destruye ni las paraliza. No tiene nada que ver con la destrucción del Estado histórico y del régimen económico actual ni con la irreductible lucha de clases que proclama el marxismo. Se puede aceptar o rechazar ese proyecto de reducción del interés del dinero, pero no se puede calificar de antieconómico, aunque sí de profundamente reformador.

* * *

Ya en el año 30, estando en la oposición el partido de *Hitler*, se propuso en el Parlamento, por ese partido, que el máximo interés de los préstamos fuera del 5 por 100 y que de ese interés el 1 se estimase como amortización del capital prestado. Todo préstamo se consideraría extinguido a los 50 años, a lo sumo. Convenios o propuestas superiores a esos límites se considerarían usurarios y se castigarían con la pena de prisión, no inferior a tres meses. Tal proyecto del nacional-socialismo no prosperó ni los social-demócratas se tomaron la molestia de apoyarlo. Hoy se vuelve a semejante intento, con más probabilidades de éxito. ¿En qué se fundan sus autores?

* * *

La cosa es muy sencilla. La rentabilidad no puede ser ilimitada, so pena de causar un daño económico a las cosas o a las personas que constituyen los elementos de producción. Una participación leonina en el producto, ya sea del capital mobiliario, ya de la tierra o del trabajo, a la larga agota y esclaviza la fuente de renta por cuanto toda la utilidad o casi toda se la lleva un solo factor de la producción.

Y en este sentido el alto interés del dinero prestado no sólo engendra una servidumbre del deudor respecto del acreedor sino que desnaturaliza la verdadera función económica del dinero, que ha de ser intermediario de los cambios, estímulo de la producción y apoyo del trabajo, sin sacrificarlo todo al deseo insano de la usura. Un ejemplo: 1.000 pesetas al 5 por 100 anual rentan 50 pesetas al año; si no se paga la deuda en 20 años, el interés alcanza a 1.000 pesetas, es decir, tanto como el capital prestado, sin haber extinguido la deuda. Si el deudor no reúne, por reveses económicos, el dinero suficiente para amortizar capital e intereses del préstamo, se ve obligado a trabajar toda su vida para el prestamista. Este simple y clarísimo ejemplo se agranda y extiende en la realidad; el interés capitalista, entendido como afán inmoderado de sacar la mayor rentabilidad posible al dinero, se alarga como brazos de un pulpo colosal que se enrosca en las capas sociales, aprisionando al labrador, al comerciante y al industrial, a todo aquel que puede ofrecer, principalmente, una garantía real y, por lo tanto, más apetecible para el acreedor. La monstruosidad de que es susceptible la corrupción del interés capitalista lo demuestra el ejemplo siguiente: 1 céntimo, al interés de 5 por 100 anual, más el interés de los intereses, desde el principio de la era cristiana, habría producido un capital que, calculado en oro, la tierra con todos sus tesoros no habría podido pagar. La imposibilidad económica es patente, a pesar de representar el ejemplo una verdad matemática y una posible obligación jurídica.

* * *

En, los países en donde la gente tiene algún espíritu pitagórico y lo calcula todo en su vida económica, las protestas contra el alto interés del dinero toman estado social. Y no vale la simulación, tan corriente en el mundo de los negocios sin freno. La ley, por ejemplo, fija un tope al interés y los establecimientos oficiales no suelen pasar de ese tope. El Banco de España, por ejemplo, con sus préstamos a largo plazo, se mantiene en los límites legales y prudentes. Pero otras instituciones de crédito privadas burlan el tope y entre intereses de descuento, comisión, más la utilización inmediata del papel descontado como dinero, que equivale a una recuperación inmediata del capital prestado, se llega al 10 por 100 de interés, muy bonitamente. Así se comprende que cuando el Banco de España llega a una localidad donde campan por sus respetos los buscadores de clientes, desaparezca el interés que imperaba del 12 y del 14 por 100. Creo que los vecinos de Don Benito saben algo de esto. ¡Lastima de redada! Aquí tenemos ministros socialistas, pero no límite máximo para las tarifas bancarias; al contrario: tenemos límites, mínimos para que nadie rebaje el interés. Pero seamos justos. El intento más serio contra la usura en España se debe a un republicano de pura cepa que se llamó *Azcárate*.

La supresión del interés del dinero que con tanto ahínco propugnan los nacional-socialistas, no es nada nuevo. Comenzando por las *leyes de Moisés*, pasando por *Platón* y continuando por las restricciones de los canonistas, el crédito ha sido el blanco de muchos ataques, generalmente por las desastrosas consecuencias que su inmoderado empleo ha producido. Pero es que ya no se trata de reducirlo, sino de limitar su aplicación, ya que la tendencia del desarrollo ilimitado del crédito es la derivación hacia la usura. Hay un dolor de

muchedumbre que va unido al pago del capital en dinero por los pueblos. El grito de guerra en las ciudades griegas era clamando por un nuevo reparto de tierras y la abolición de deudas. ¿No es el mismo de hoy el que lanzan los campesinos sin tierra en todas partes y los pueblos oprimidos por las deudas? Es la Historia que se repite; porque al repetirse la injusticia se provoca el dolor y se empuja a la desesperación.

* * *

Desde el labrador encadenado por una hipoteca y el escritor que no puede devolver el dinero que tomó a préstamo, hasta los Estados llenos de deudas y agobiados por una clase de rentistas ociosos y por el gran capital financiero internacional, la lista de las víctimas es incontable. En el *Statesman Year Book* de 1930, se calculaban las deudas de los siguientes Estados como sigue:

Inglaterra, 7.500 millones de libras, con interés anual de 350 millones de libras.

Francia, 279.000 millones de francos oro.

Estados Unidos, 16.000 millones de dólares.

Se comprende que los nacional-socialistas, considerando posible la liberación de tales deudas, afirmen que sería probable la constitución de una Hacienda que no tuviese impuestos, es decir, que le bastase al Tesoro con los recursos de su patrimonio.

* * *

Se podrá argüir que parte de esas sumas a préstamo provienen del pequeño ahorro y no del gran capitalista. No hay inconveniente en aceptar tal interpretación, pero ello no borra el hecho de la acción, nefasta del gran capitalismo financiero y, sobre todo, que dada la organización bancaria, con el dinero de los demás, grandes o pequeños depositantes, se hacen manejos que conducen a la servidumbre del interés del dinero.

* * *

El problema está en lo referente al pequeño ahorro, en encontrar nuevas formas de administración del crédito que eliminen al intermediario bancario e impidan las grandes acumulaciones del capital financiero y sus hazañas rentabilistas con el dinero ajeno.

Véase este ejemplo, que aun estando sacado de la experiencia española, sirve de demostración a la tesis del nacional-socialismo.

La política bancaria española es muy sencilla: captar cuentas corrientes dando el 4 por 100 anual, por término medio. Hay Bancos que operan casi sin capital propio; lo que hacen es servirse del dinero que le llevan los demás. La finalidad es buscar el mayor margen posible entre lo que el Banco paga a quien le

presta y lo que cobra a quien da crédito, es decir, entre lo que cobra y lo que paga. La consecuencia es una mayor rentabilidad del dinero, pero sin crear valores.

Es muy bonito el oficio de banquero. Por algo el ideal de las estrellas espectaculares del arte o cosa parecida, amén de las mujeres antirrománticas, es el banquero. Cuando el banquero descuenta, no entrega todo el capital, sino el remanente, deducido el interés, etc., todo por anticipado, y tan pronto tiene en su poder el efecto descontado, lo larga como pago, lo que equivale a recobrar prontamente el dinero o a no tener que sacarlo; únase a esto el alto interés y las soberbias participaciones por diversos conceptos y pronto se verá que los que se pasan la vida sembrando los campos y sometidos a las inclemencias del cielo y de la tierra, son unos tontos.

El Banco de España, con un capital de 177 millones de pesetas, ha obtenido beneficios en el período 1931-32, de la era republicana, por 358 millones de pesetas. El Estado ha participado por 144 millones en tales beneficios. Tal vez alguien se extrañará y pondrá el grito en el cielo antes de creer que ello se ha llevado a cabo habiendo tres ministros marxistas en el Gobierno. Pero no hay que extrañar estos contubernios entre políticos socializantes y altos burgueses.

Pero también todo se explica. Durante este período hubo un aumento en la circulación fiduciaria de 780 millones, pues se pasó de un volumen de billeteaje en circulación de 4.700 a 5.480 millones. La improvisación de capital financiero salta a la vista. Los beneficios tenían, así, mayores posibilidades de realización. Pero con tal ganancia se atendió a los intereses de los accionistas y a los de la Hacienda; los primeros, embolsando los dividendos correspondientes que representaban la rentabilidad de sus acciones y la Hacienda, contando con una entrada más, olvidándose de otras salidas. El interés nacional reclamaba otra cosa.

Si se hubiese servido al interés nacional (que no es el de los accionistas ni el de la Hacienda; que actuó en puro fiscalismo), esos beneficios se debían haber destinado a dos objetivos, principalmente: por una parte, a rebajar las tarifas del Banco y por otra, a purificar, a revalorizar el billete. Con tales beneficios se habría podido acumular oro y rescatar el que se tiene empeñado en el Banco de Francia, en condiciones, más que usurarias, vergonzosas. Pero esos 250 millones oro, de tanta significación para la economía monetaria española, no merecen la atención de la política financiera. La alegría de uno y otro bando participante en los beneficios contrasta con el dolor y la desgracia del pueblo español de tal manera que cuando yo leía en la prensa ministerial las alabanzas por tal gestión bancariamente productiva, recordé esos velorios, vestigios de bárbaras costumbres ancestrales, en los que se canta y se baila ante el cadáver del niño inocente, sin reparar en el dolor de los padres... ¡El niño es el pueblo español! ¡Nada de atender a las necesidades comunes, a las verdaderamente nacionales! ¡Dividendos, dividendos, dividendos!

Por lo que se refiere a los demás Bancos, no hay que olvidar que para evitar toda concurrencia entre ellos han acordado tarifas mínimas, pero a las máximas no se les pone tope alguno. El desenfreno bancario no tiene límite

alguno. Con decir que el premio de seguro en el empréstito municipal de Madrid (1933), sólo el premio de seguro, se ha cifrado en 3,75 por 100, está dicho todo.

* * *

No hay que extrañarse ante todo esto. A pesar de encontrarnos gobernados por elementos demócrata-liberales-marxistas, desde que se proclamó en España el régimen republicano, el capitalismo financiero campa por sus respetos y las instituciones bancarias han recibido del régimen las mayores ventajas hasta para sortear las dificultades, lagunas, o como quiera llamarse, de sus balances. El capitalismo florece con la democracia liberal parlamentaria porque en el clima de tal zona todo se compra y se vende y se justifica con el nombre de libertad económica. Los Gobiernos, gracias a la insegura mecánica del parlamentarismo, pasan por el poder como relámpagos, no pueden tener unidad de acción ni continuidad, pero los Bancos quedan y desenvuelven una acción continua y unitaria, de tal suerte que los gobernantes, aun siendo de buena fe, nunca pueden sentirse fuertes ante el poderío del capital financiero y, allanándose a pequeñas victorias de ese poder bancario, acaban por acumular sobre él todos los resortes que le hacen omnipotente.

* * *

No quiero terminar estos comentarios sobre una de las principales tesis del programa de *Hitler* sin recordar una leyenda y una realidad histórica. La mitología y las tradiciones legendarias de Grecia son muy ricas en símbolos, pero en símbolos de un sentido valioso para la vida. ¿Qué quería decir la *leyenda del rey Midas*, que tenía el triste privilegio de convertir en oro todo lo que tocaba, hasta el pan que era su alimento y acabó siendo víctima del dorado metal? Sencillamente, que el oro no es riqueza, sino un instrumento auxiliar. Desplazado de su verdadera función, la pasión del oro, la quimera convertida en ideal, es lo más funesto que se puede concebir. ¿Es que los pueblos sin oro o sin dinero son más felices? Medítese sobre el siguiente ejemplo:

En toda la Corea, dice *Poggio* (*Korea*, Viena y Leipzig, 1895), desde tiempo inmemorial, se produce en la misma casa lo más necesario para la vida. La mujer y las hijas, hilan no sólo el cáñamo, sino también la seda, que también, finalmente, se teje. El cabeza de familia se ocupa de todo lo demás y es tan pronto pintor como albañil y carpintero. El trabajo casero provee de aguardientes, grasas, colores, pajas, cestería, zapatos de madera y utensilios agrícolas. En una palabra: cada uno trabaja para sí y para sus propias necesidades.

Los habitantes de las islas en el mar del Japón, sobre todo los de *Loo-Choo*, están completamente civilizados. En seis semanas los viajeros no vieron ninguna riña entre los indígenas ni hubo robo alguno. Están bien alimentados, vestidos, toman alimentos vegetales y carne; recogen sal, construyen arcos de piedra, disponen de arroz, azúcar, siembran maíz y tienen buenas telas. La seda la traen de la China.

No tienen armas ni recuerdan guerra alguna; los de arriba son buenos con los de abajo. Y no tienen idea del dinero y ni por asomo saben para lo que sirven el oro y la plata (*Account of voyage of discovery to the West Coast of Corea... Captain Basil Hall*; citado por *Hermann* en su obra *Staatswissenschaftliche Untersuchungen*. München, 1832).

6.-LA POLÍTICA FINANCIERA: LA POTENCIA MONETARIA NO DEBE FORMAR UN ESTADO DENTRO DE OTRO ESTADO

Que la economía monetaria es objeto del Estado no necesita para su demostración largas disquisiciones. Si el Estado ha de recibir el pago de las obligaciones que tiene derecho a exigir en un medio determinado de pago, que es la moneda, natural y lógico es que él sea quien regule la economía monetaria, dándole fuerza legal y fijando sus condiciones. La regalía en este sentido no tiene otro fundamento mayor.

El dinero es, breve y claramente definido, lo que el Estado considera como tal. Y en este sentido ejercita tal facultad, definiendo legalmente lo que es el dinero, independientemente de su substancia. Con ello claramente se expresa que no es el metalismo, por ejemplo, lo que da valor a la moneda. Esta teoría, más o menos discutible, es, en cambio, una realidad innegable. Porque, ¿se podrá negar que el Estado hace una moneda hasta con el papel, sin necesidad de metales nobles, como el oro o la plata?

Se argüirá que cuando la moneda se deprecia, la libra oro, por ejemplo, no se deprecia y conserva su poder adquisitivo. Pero de ello no se deduce que la verdadera moneda sea la de oro u otra que tenga un valor intrínseco, sino que si conserva su poder adquisitivo es porque vale como mercancía, independientemente de su valor monetario legal. Y tan cierto es ello que como tal mercancía sufre también las fluctuaciones del valor del oro.

La teoría nominalista de la moneda, debida a *Knapp*, ha puesto esto en claro y no precisa en este lugar hacer mayor hincapié sobre la discusión entre nominalistas, cartalistas o como se les quiere llamar a los que mantienen esta dirección, y los metalistas. Pero, de todos modos, el Estado no puede ni debe abandonar la regulación estrecha de la economía monetaria.

* * *

No obstante, el Estado ha entregado en muchas partes el billete al capital privado, y ello significa dar el señorío económico a las instituciones bancarias. Las consecuencias son funestas, dado que estas instituciones, al convenirse en prestamistas del Estado, le arrancan ventajas y privilegios que, a la larga, las convierten en árbitros del mercado nacional. En Francia, por ejemplo, el Estado tomó al Banco Nacional enormes sumas por miles de millones y se vio, así, uncido al carro bancario por el interés del capital tomado a préstamo. Para poderle pagar se hizo la estabilización del franco (que no tenía como finalidad estabilizar los precios ni mucho menos); merced a la estabilización, se

revalorizó el oro del Banco y de la noche a la mañana se encontró con un beneficio colosal que el Estado no lo computó como beneficio bancario, sino como beneficio del Tesoro, y con ello se pagó al Banco Nacional y a otros acreedores también. La estabilización del franco fue una exigencia del capitalismo financiero. La nación no obtuvo ningún beneficio. Y aunque *Poincaré* causó la admiración de muchos diputados y se mantuvo en el poder por el prestigio de la estabilización, lo cierto es que no hizo obra ni nacional ni social. El subscriptor que dio dinero al Estado y le entregó, por ejemplo, 100 francos oro, ha visto después de 1ª estabilización que se le pagaban 100 francos con una moneda que sólo valía 20. Este francés ahorrativo no podía ni creer ni entusiasmarse con *Poincaré* cuando decía que la estabilización no haría cambiar nada y que todo seguiría, su curso normal.

Y el curso normal fue que subieron todos los precios porque, estabilizado el franco a la baja, todo el mundo pidió aumento en sus retribuciones y la carestía así provocada se reflejó en todos los órdenes de la vida en Francia.

* * *

El Estado no debe contraer deudas, afirma el nacional-socialismo. Entonces, se dirá, ¿cómo proporcionarse el dinero necesario para la realización de obras públicas? A esto se contesta que mediante la emisión de papel moneda sin interés. Pero la creación de papel moneda sin un contravalor significa inflación. Cierto, contestan los, nacional-socialistas, pero no hay tal inflación si se crean otros valores. El procedimiento puede ser: emitir billetes, garantizados por el crédito nacional y con el producto de las obras (hidráulicas, por ejemplo), se amortiza la emisión. La cobertura está en el valor de las obras y en su producto. Además, tales billetes valen como medios de pago y el peligro de la inflación queda descartado con la formación de los nuevos valores. Tales billetes pueden ser recogidos una vez que el rendimiento de la obra los haya cubierto por completo.

De tal manera no ha habido necesidad de recurrir al préstamo y la nación cuenta con una nueva obra que ha aumentado la riqueza del pueblo.

Esto me parece muy lógico tratándose de obras rentables, pero no todas las obras útiles son rentables. Una carretera, por ejemplo, es útil, pero no rentable; un aprovechamiento de saltos de agua es útil y rentable. Hasta ahora esta segunda parte de las obras irrentables no está solucionada por el programa de partido ni por sus técnicos, creo yo.

7.-LA POLÍTICA AGRARIA

El nacional-socialismo adopta una posición decididamente proteccionista respecto de la agricultura y en cuanto a la distribución de la propiedad rústica sigue el criterio de combatir la rentabilidad, asegura la tenencia familiar y reunir la condición de propietario y trabajador. Los casos de expropiación y hasta sin indemnización, están claramente consignados en el programa de los 25 puntos.

Pero, posteriormente a éste, el partido hizo una declaración extensa sobre la cuestión agraria alemana (marzo de 1930) y sobre los trabajadores del campo, que, sintéticamente, voy a exponer.

El pueblo alemán cubre una gran parte de sus necesidades alimenticias con la importación de subsistencias; esta importación la pagaba con el producto de su comercio exterior, con la exportación industrial o con los capitales alemanes colocados en el Extranjero. Pero actualmente Alemania paga esa importación de subsistencias con el dinero que toma a préstamo en el exterior, principalmente. Si falta el crédito, se interrumpe el aprovisionamiento y entonces el proletario alemán, principalmente, tiene que trabajar a bajo precio o emigrar. La liberación está en que la tierra alemana produzca lo necesario. Hay que aumentar el rendimiento de la agricultura nacional. Fuente de renovación juvenil es la población campesina. Sus peligros son también amenaza para el Estado alemán.

Pero el mayor rendimiento agrícola tiene como obstáculo la falta de maquinaria, dado el endeudamiento del labrador y la falta de cultivos remuneradores. Por otra parte, la presión tributaria es agobiadora; la concurrencia extranjera poco evitada; las ganancias del gran comercio intermediario, excesivas y en manos de los judíos; los precios por abonos y fluido eléctrico, en manos de consorcios judíos, usurarios... El labrador no hace más que contraer deudas.

El sistema democrático-parlamentario dominado por los príncipes del dinero, no resuelve nada.

Por lo tanto, hay que procurar que cada terrateniente administre la explotación en beneficio del aprovisionamiento de todo el pueblo, y sólo los compatriotas alemanes deben poseer la tierra. La posesión jurídica del suelo debe ser hereditaria, para bien general. Se deben crear tribunales en la clase agraria para que ello se cumpla, constituyéndose con labradores y representaciones del Estado. Supresión de la especulación de tierras y de rentas para el poseedor inactivo; el Estado tiene derecho de opción en toda venta de tierras; prohibición de constituir hipotecas a favor de prestamistas privados; autorización para el crédito a sociedades agrícolas y del Estado; impuesto sobre el producto conveniente, con exclusión de los demás; coexistencia de diversas magnitudes de propiedad agrícola que cumplen su función; derecho de *Anerbe* (institución vinculadora del derecho alemán sobre tierras, para evitación de la pulverización de la propiedad agrícola y endeudamiento de la misma); derecho de expropiación, con indemnización adecuada de las tierras no poseídas por compatriotas, mal cultivadas o grandes propiedades no cultivadas por sus propietarios y destinadas a colonización interior, por causa de utilidad pública. La colonización interior se administrará por el sistema hereditario, examinando las condiciones de los labradores, teniéndose en cuenta a los hijos del labrador establecido no herederos.

La mejora de los campesinos se perseguirá mediante la desgravación tributaria, evitación de deudas, rebaja del interés de los préstamos estímulos a la remuneración del cultivo, proteccionismo aduanero, eliminación de la especulación bursátil de los productos agrícolas y de la explotación de los

agricultores por el comercio al por mayor de sus productos y su substitución por asociaciones agrícolas fomentadas por el Estado; suministro de maquinaria, abonos, semillas y ganado a precios ventajosos, mejoramientos; extinción de plagas, informaciones e investigaciones agronómicas del suelo, gratuitamente. Los trabajadores del campo serán admitidos, mediante contratos de trabajos justos, en las asociaciones de campesinos; el Estado será el inspector y juez supremo. Los trabajadores que descuellan serán preferidos para establecerlos como colonos y la mejora de la habitación y del salario para los trabajadores ha de constituir una rápida realización. Fomento de la enseñanza agrícola y de la cultura campesina...

Hitler termina su declaración diciendo que es un desatino creer que se puede excluir ninguna clase profesional de la comunidad popular y que es un crimen lanzar a los campesinos contra las ciudades, pues las dos partes, para florecer, han de ser conjuntamente.

Después de lo consignado en el programa y en las declaraciones posteriores de *Hitler* sobre la cuestión agraria alemana, y luego de haber expuesto el comentario explicativo de la posición del partido respecto de la cuestión referida, conviene tener en cuenta algunas opiniones recomendables de la literatura nacional-socialista, aunque sólo sea para orientar al lector en sucesivos estudios.

Hildebrandt expone en una monografía sobre el nacional-socialismo y los trabajadores del campo (*Nationalsozialismus und Landarbeiterschaft*, München, 1930) la vida del campesino alemán con tetricos colores. Pobreza, ignorancia, desamparo por todas partes en el hogar campesino. «*En la casa del trabajador el joven bebe desde pequeño el veneno del odio, cuando ve al padre sentarse a la mesa lleno de preocupaciones y a la madre vagar por la casa con ojos llorosos*» (página 5). Tal estado de cosas, en el campo alemán, no mejoró con la revolución, y, a pesar de las huelgas alentadas por los social-demócratas, ninguna utilidad para la masa de trabajadores se ha obtenido. Claro que los marxistas se han aprovechado de tal situación, pero sin mejorarla, porque la democracia liberal judaico-capitalista del mes de noviembre ningún interés tiene en la formación de una clase campesina fuerte y sana.

Después de una descripción detallada de la vida del trabajador del campo, vivida por el mismo autor que de él procede, afirma: «*Nuestros padres fueron social-demócratas y nuestros hermanos todavía en parte lo son. En estas luchas, nos encontramos con Adolfo Hitler; él nos enseñó a amar la patria alemana con el alma popular, cosa que no fue para nosotros difícil de comprender, porque nos acordábamos de nuestra juventud; escuchábamos aún el rumor de los bosques y nos acordábamos de los juegos felices en medio de libre naturaleza patria; cuando ya fuimos hombres y la vida de guerra quedó atrás, buscamos el socialismo para poder tener una parte en esa patria, en esa tierra natal. Después de habernos hecho hombres en las trincheras, no quisimos ya arrastrar el dogal de la esclavitud ni tolerar que nuestra sangre fuese absorbida por una fauna liberal burguesa.*»

Buscamos al socialismo alemán y otra vez tropezamos con Adolfo Hitler; él nos hizo ver claramente que no es socialismo lo que el marxismo propaga desde hace ya muchos años, especialmente el ver un robo en la propiedad, y nos enseñó otro camino. Los alemanes debíamos prepararnos para rechazar lejos de nosotros a los bebedores de sangre; que anualmente sacaban millones y millones de las heridas del pueblo. El verdadero socialismo alemán conduce a esto: a posibilitar la mejora de posición a todo ciudadano y compatriota alemán bajo el gobierno alemán del Estado, socialismo que se garantiza mediante la unión de los compatriotas de todas las clases sociales, impedida por el aborto liberal burgués y por el marxismo». (pág. 44).

La predisposición de ánimo del nacional-socialismo se refleja en la monografía de J. Dörner, que no siendo programática expresa bien el punto de vista del partido en variadas propagandas (*Bauernstand und Nationalsozialismus*, München, 1931).

8.-POLÍTICA INDUSTRIAL

La concepción industrial del nacional-socialismo, la expresa Hitler en estas palabras: «Lo que nosotros en torno nuestro contemplamos como inventos materiales, todo es resultado de la fuerza creadora y de la capacidad de cada persona... Todos estos inventos sirven, en su más profunda significación para un desenvolvimiento humano altamente realizado». (*Mein Kampf*)

La técnica en su manifestación actual, se muestra en la industria, principalmente y está enlazada con el rentabilismo capitalista y subordinada a él, y ésta, a su vez, manejado por el espíritu judaico-materialista. (*P. Schwerber, Nationalsozialismus und Technik*, München, 1932, pág. 25)

La técnica lo influye todo, hasta los dominios del arte, la misma música no se substraerá a aquélla, y viene a ser el supuesto del progreso en casi todos los órdenes. La evolución de la economía nacional alemana, que de agraria se ha convertido en industrial, a la técnica es debida. El imperio británico, desparramado por el globo, no sería posible sin la técnica que consolida su cohesión. Pero todo ese colosal desarrollo de la técnica no tiene otro fin que el de proveer a la necesidad cotidiana de la alimentación a cubrir nuestras necesidades materiales. Pero la banca y la bolsa judía dominan la industria, que, con la inflación, se vio obligada a humillarse, so pena de desaparecer. Aprisionada así, la industria no puede cumplir la finalidad que naturalmente le está asignada, o sea: la productividad más abundante y completa de bienes, regida por la idea de proporcionar a todos los hombres la mayor participación posible en tales bienes y emanciparles en lo posible de los esfuerzos corporales, fomentando, al mismo tiempo, el desenvolvimiento de la cultura. Pero tiranizada la industria, lo que se procura es que dé la mayor cantidad posible de dinero; no que realice un servicio, sino un gran beneficio (pág. 47); procurar la mayor rentabilidad en beneficio de un pequeño y anónimo círculo de propietarios.

La posición del nacional-socialismo está simbolizada en su afirmación fundamental: emancipación de la servidumbre del interés.

9.- LA POLÍTICA COMERCIAL. LOS BAZARES

El punto de vista que sobre este tema defienden los nacional-socialistas recuerda una ya vieja interpretación de los economistas científicos, puramente científicos, sobre qué es lo económico. Unos economistas entendían que sólo puede considerarse "económico" lo que tiene el carácter de economicidad y que esta consiste en obtener el mayor producto con el menor esfuerzo. Así presentado el llamado "principio de economicidad", parece algo muy conveniente, deseable y hasta justo; pero si se reflexiona sobre los elementos que se reúnen en el trabajo social y en las consecuencias de la aplicación de tal principio, pronto se ve que la resultante posible y casi inevitable es la explotación del trabajo de suerte inhumana y el estrago social.

Porque, vamos a ver: ¿Es admisible esa racionalización del trabajo que absorbe intensivamente hasta la menor energía humana? El fordismo ha procurado tal cosa en algunas de sus medidas y por eso ha tropezado con la resistencia de los trabajadores. Se perseguía la conveniencia económica de la empresa, pero se dañaba ese elemento de la producción inseparable del hombre: el trabajo corporal de todas clases.

Otro ejemplo: El gran comercio puede dar más baratas las mercancías que el pequeño comercio porque tiene el auxilio de la maquinaria y del gran capital; el comprador, al adquirir más barato, realiza un menor esfuerzo económico y por lo tanto, conforme al principio de la economicidad, tal comercio sería más deseable, preferible a todo otro que no reúna tales condiciones. Sin embargo, el pequeño comercio representa una masa de población, una base familiar, por regla general, que constituye la solidez social básica; no significa una acumulación financiera pero sí algo que vale mucho más, como es una masa de población nacional sustentáculo del Estado. Por consiguiente, toda política económica orientada en el sentido de proteger a la gran empresa y relegar a la pequeña, queriendo ser económica acabaría por socavar la economía nacional.

Y cosa parecida puede decirse de la política comercial exterior que, queriendo obtener más baratos los artículos de importación, abriese las puertas aduaneras a poderosos concurrentes que aniquilarían a los productores nacionales que no pueden competir con el extranjero.

En síntesis: los economistas científicos, que se les da una higa de la política de los partidos, no aceptan esa concepción económica que, en fin de cuentas, es sólo un incentivo para la máquina y para la plutocracia.

Una renuncia a la ganancia de una operación económica entre particulares puede redundar en beneficio de toda la economía social. Y aunque suene a paradoja, un buen negocio económico puede resultar muy mal negocio social.

Los nacional-socialistas razonan así: los grandes bazares están explotados por los judíos y el empleo del *bluff* es su método, junto a todo lo que significa captación y no siempre conveniencia a las verdaderas necesidades.

La multitud anónima penetra en los bazares y el lujo en edificación e instalación, la variedad de cosas que solicitan al comprador, le decide a gastar en cosas de mala calidad, siendo las mejores en esos bazares más caras que en los comercios de verdaderos especialistas. Todo ello significa la ruina de la clase media comercial. El bazar ofrece lo barato malo y lo bueno más caro. Son verdaderos espejuelos para la caza de alondras parroquianas. Crean necesidades artificiales.

He aquí algunos ejemplos de lo observado en los bazares.

Venta de artículos averiados: quesos podridos (Munich), tocino rancio (Brunswick), embutidos en malas condiciones (Berlín)... Todo esto cuidadosamente anotado por *Gerber Rosten (A B C des Nationalsozialismus, 1933, Berlín)*.

En 1932, el comercio de los bazares se cifró en Alemania en 2.500 millones de marcos. Aunque esto representa la décima quinta parte del volumen del comercio al detalle, como el volumen de 50.000 medianos comercios que tengan de tres a cuatro empleados, trabajando, además, su propietario. Estos 50.000 comercios, con sus correspondientes 150.000 a 200.000 empleados, resultan eliminados por los bazares. En este círculo hay que incluir, además, de 200.000 a 250.000 individuos más que se quedan sin pan. Y las enormes ganancias de los propietarios de los bazares son atesoradas y sirven para otros fines distintos de la productividad industrial.

Y por lo que al personal se refiere mientras los empleados son mal retribuidos, los directores —como ocurre en el consorcio *Karstadt*— reciben una paga fija de 120.000 marcos y el 30 por 100 del beneficio neto, más otras ventajas. Esta participación, con las demás ventajas, se cifraron en el año 1929 en 6,5 millones de marcos. Añádase a eso que los directores son también accionistas y sacan sus buenos dividendos. El negocio no puede ser más redondo.

No precisa insistir más sobre el tema para formarse una idea de los fundamentos en que se apoya el nacional-socialismo para combatir los bazares.

10.-LA ESTATIFICACIÓN

El programa del partido consigna la estatificación de las explotaciones gigantescas. Hay que fijarse en que el programa admite la conservación en propiedad privada de las explotaciones pequeñas, medianas y grandes, en todos los dominios de la vida económica, pero excluye las explotaciones gigantes (*Riesenbetriebe*). Pero que no es precisamente la magnitud, la

concentración, lo que dicta este pensamiento, sino también otras condiciones y circunstancias. Toda orientación marxista queda excluida.

Se reconoce que hay industrias que no pueden ser llevadas en pequeña explotación (los altos hornos, por ejemplo), pero otras sí. Son más convenientes 100.000 zapateros, que pueden muy bien explotar tal industria, que no cinco fábricas gigantescas de zapatería.

Los conciertos, sindicatos y *trusts* deben estatificarse. Teóricamente, la producción industrial en gran escala puede ofrecer productos más baratos y mejores, indudablemente; pero, en realidad, lo que ocurre con estas organizaciones gigantes es que dictan el precio al mercado, disponen la calidad de las mercancías y limitan su cantidad. El consumidor entra sólo en cuenta para el cálculo del límite máximo y mínimo de su capacidad de compra. Los llamados *ring*, operan reabsorbiendo las demás de la misma clase y así se evitan la competencia; se adscriben o se cierran. De esta suerte se regula la oferta de productos al señalar "contingentes" para el mercado, y automáticamente hacen jugar la oferta y la demanda y, por lo tanto, el precio. Eliminada prácticamente la competencia, se hace amo del mercado la explotación gigante. Y el accionista, entonces, lo que busca es sacar el mayor interés a su capital, aunque padezca la calidad del producto y se pisotee el interés del consumidor. Todo invento que puede representar una mejora se mira con gran prevención, sobre todo si amenaza a la rentabilidad del capital. No pocos de ellos han sido comprados y escondidos. Y como ya no pueden emprender otra orientación, puede decirse que han cristalizado; disponen de una gran burocracia y están maduros para entrar en la estatificación en beneficio de la colectividad.

Pero, ¿todas las explotaciones gigantes deben estatificarse? No. La estatificación es limitada. Las comunicaciones admiten la estatificación y sobre esta rama la experiencia de los ferrocarriles de Estado es, en Alemania, concluyente.

En la rama comercial, la estatificación debe limitarse a lo que es objeto de consumo de masa. Y en este sentido quedan comprendidas las subsistencias más importantes (los cereales, por ejemplo), pero no la producción de los mismos, sino su reparto. Durante la guerra, Alemania conoció esta reglamentación del comercio de los trigos, lo que fue llamado por algunos "socialismo de guerra", término equivocado, toda vez que la estatificación de ese comercio nada tenía que ver con las supresiones de la producción privada que es término programático de la democracia social.

En Rusia las únicas organizaciones burguesas subsistentes han sido las asociaciones agrícolas de producción y de consumo. La permanencia de esta rama de la economía agraria está justificada. La asociación agrícola (para abonos, maquinaria, etc.) facilitará la cobertura del consumo.

Por último: las sociedades de consumo eliminarían a los intermediarios, favoreciendo directamente al consumidor.

Como se ve, el nacional-socialismo tiene un sentido realista que le lleva a no mover un pie en su plan de grandes transformaciones programáticas sin haber afirmado bien el otro.

11.-LA HACIENDA. EL ESTADO SIN IMPUESTOS

La concepción financiera del nacional-socialismo en este respecto es muy interesante. Bastaría, de momento, enumerar los puntos salientes de la orientación para que quedase justificada la curiosidad que, lógicamente, despierta. Los impuestos se admiten sólo para cubrir los gastos improductivos (gastos de administración, de defensa, etc.); la presión tributaria ha de ser regulada conforme a la capacidad económica; las deudas interiores sufrirán la anulación legal, teniendo en cuenta los intereses devengados y pagados. Y si el Estado se libra de deudas y suprime el interés del dinero, puede prescindir de impuestos, ya que en realidad lo que se ingresa hoy queda absorbido por el servicio de la Deuda.

Feder dice en su explicación del programa nacional-socialista que el Estado sin impuestos no es una utopía y que puede demostrarse numéricamente su posibilidad (*Der Deutsche Staat*, página 129). Y como directrices de la política financiera nacional-socialista describe las siguientes:

1. Supresión de todo impuesto destinado a pagar intereses de deudas.
2. Los impuestos son admisibles para cubrir los gastos improductivos, siempre que para ello no bastasen los ingresos procedentes del dominio fiscal (ferrocarriles, correos telégrafos, montes públicos, minas, etcétera).
3. Para necesidades especiales y extraordinarias, sobre todo para atender a los gastos de guerra, se recurrirá a los impuestos directos e indirectos.
4. Los impuestos directos sobre la propiedad inmueble se admiten con nueva graduación; con mínimo de exención y consideración especial de las familias con hijos y otras cargas.
5. Los funcionarios públicos estarán libres de impuestos, y los que estén casados tendrán bonificaciones especiales.
6. Los impuestos indirectos, en tiempos normales, se aplicarán a los objetos de lujo, a su producción y a los consumos de masa no saludables (tabaco, alcohol, etc.). Los demás impuestos indirectos que hoy gravan a la gran masa popular, hay que evitarlos (azúcar, cerillas, sal, gaseosas, gas y electricidad, etcétera).
7. Las ganancias extraordinarias de guerra hay que revisarlas, con distinción entre las ganancias de coyuntura y las del trabajo simplemente.

8. Desgravación del impuesto de timbre y de tasas que dificultan la disposición de los bienes, siempre que ésta, no vaya contra el interés general. En esta categoría quedan comprendidos también los impuestos sobre herencias y donaciones.

No se puede hacer la crítica de tal orientación sobre bases experimentales porque no han sido llevadas a la práctica estas directrices. Teóricamente, no obstante, puede afirmarse que tal orientación, de realizarse, representaría la mayor revolución financiera que en materia de Hacienda hubiese conocido el mundo. La que más salta a la vista en esto es la notable desgravación de la carga tributaria. ¿Cómo podría un gran Estado moderno cubrir sus necesidades mermando tanto los ingresos? A ello contesta *Feder* que, suprimidas las deudas, el problema se reduce notablemente, y entonces el Estado cumpliría su misión verdadera, o sea, la de proteger la propiedad de sus súbditos y fomentar las riquezas rurales del país en beneficio de todos y no absorber el dinero de los particulares para perpetuar la economía de la Deuda...

Así sea, digo yo.

(Véase también sobre esta materia la monografía de *H. Buchner, Die goldene Internationale. Vom Finanzkapital, Tributsystem und Trägern*, München, 1931.)

-ANTI-MARX

1.-ANTI-MARX

El antimarxismo de los nacional-socialistas representa el aspecto negativo de su doctrina, su origen como reacción teórica y política.

El marxismo no es socialista porque es esencialmente negativo y opuesto al sentido solidarista y de conservación social, exento de luchas de clase, del verdadero socialismo. El socialismo va contra la explotación capitalista pero no contra la supresión de la propiedad. El capitalismo es un estado económico de la evolución que precisa superar y en este sentido no sólo se encuentra interesado el obrero, sino también todo aquel que no sea capitalista.

Tampoco olvidan los nacional-socialistas que la experiencia marxista en Alemania ha sido funesta. El partido demócrata social venció en Alemania la resistencia que surgía contra el capitalismo internacional. Su conducta en la revolución de noviembre está bien clara en tal sentido. Y cuando estuvo en el poder no socializó: abandonó la doctrina. Hizo lo que en la crisis de gobierno española de junio de 1933 declaró el socialista señor *Prieto* cuando se le encargó que formase Ministerio, que se apresuró a declarar que no gobernaría en socialista. Los demócrata-sociales de Alemania, a pesar de su socialismo,

entregaron los ferrocarriles del Estado a los particulares, es decir, desocializaron al desestatificar empresa tan importante.

El *plan Dawes* representaba para Alemania una esclavitud. ¿Quiénes la hicieron aceptar, principalmente? Los demócrata-socialistas. Ellos mismos se jactaban de ello, declarando en su órgano el *Vorwärts* que se trataba de un «*éxito inmenso de la democracia social*». ¡Y significaba una sumisión al capitalismo internacional! El marxismo repasaba su historia, es algo así como la doctrina de los tristes destinos: no se ha manifestado en el poder sino negándose a sí mismo.

Y como reacción rotunda contra el marxismo, el nacional-socialismo proclama los valores raciales. El marxismo, como dice *Hitler (Mein Kampf)* no tiene sentimiento nacional ni de raza; para él los hombres son algo abstracto y desvaloriza el valor personal.

Todo esto, más otros aspectos que sería prolijo enumerar, se resume en esta palabra: Anti-Marx.

2.-SOLIDARIDAD, NO LUCHA DE CLASES

La lucha contra el capital o, mejor dicho, contra el capitalista, no sólo significa la oposición entre el poseedor y el que nada tiene, la rivalidad entre el hermano pobre contra el hermano rico, sino la oposición de intereses económicos entre dos elementos que cuando no se armonizan, necesariamente chocan a lo largo de los puntos de fricción que les depara el desarrollo de su vida económica y social. Su convivencia es necesaria, imprescindible, ya sea voluntaria o forzosa. En la época medieval, la organización corporativa aseguraba condiciones de convivencia regular; en la actualidad, con la libre concurrencia, se depende del llamado "mercado libre", no obstante encontrarse éste dominado por los capitalistas financieros. Los lazos que establecen la dependencia económica suelen ser ahora invisibles, pero efectivos. Y en este medio económico viven grandes masas de población que no tienen otra cosa que ofrecer en venta que su trabajo; éste resulta una mercancía. Y el capitalista aprovecha tal situación para beneficiarse de la eficiencia de esta masa de trabajo. Así aparece el moderno movimiento social. ¿Quiénes son los que forman la masa global de trabajadores? Todos los no capitalistas, los que se esfuerzan y procuran un beneficio en la producción. Hasta los altos empleados de una empresa no son menos dependientes del capital que un simple obrero. Los proletarios se encontraban aislados al principio, pero, después, su vida ha sido elevada y han acortado las distancias que existían entre ellos y otras capas de trabajadores calificados e intelectuales. El Estado depende de los círculos financieros, y con el Estado el aparato de los impuestos que oprimen a esas masas trabajadoras. Cuando mayor y más general se presenta la necesidad, sube de punto la exigencia de hacer empréstitos y contraer préstamos, engrandeciendo, así, el poder del capital financiero.

* * *

Así razona el nacional-socialismo las condiciones del movimiento social, recabando para sí la gloria de haber sido el primero en lograr la unidad del frente constituido por todos los no capitalistas.

Marx, de la oposición de intereses entre capitalistas y trabajadores, tomó el punto de partida para su teoría de la lucha de clases que había de abrir un abismo entre los proletarios y todos aquellos que no lo son. Para el marxismo, el campo del trabajo queda reducido a los proletarios y destroza la conexión viva de la comunidad social.

El nacional-socialismo reconoce las oposiciones y antagonismos sociales y hasta los que se dan en el seno de las mismas familias, como oposiciones naturales entre padres e hijos. Hay oposiciones religiosas, políticas, económicas, en el seno de un pueblo; el individuo podrá negar a su familia y a su nación, pero ciertos lazos que a ellas le ligan, no podrá romperlos jamás.

Esta formación natural, viva, la intenta destruir el marxismo, reemplazando una realidad por un proyecto de nuevo Estado que no ha podido aún estructurar.

3.-COMPOSICIÓN DEL PARTIDO NACIONAL-SOCIALISTA

¿Se trata de un partido burgués? Así lo afirmaban los demócrata-socialistas para combatirlo, pero una simple ojeada sobre la composición del partido, a través de su representación parlamentaria, demuestra lo contrario.

La minoría nacional-socialista del *Reichstag* a 31 de julio de 1932, ofrecía la siguiente clasificación profesional de sus diputados:

Trabajadores de la Ind. ^a y Agr. ^a	20	Diputados
Empleados de ambas ramas	13	"
Artesanos, independientes y empleados	22	"
Comerciantes, independientes y empleados	26	"
Empleados	28	"
Funcionarios del partido	4	"
Labradores	39	"
Propietarios de tierras	5	"
Fabricantes	3	"
Oficiales del Ejército	16	"
Escritores y periodistas	15	"
Profesores de escuelas superiores	5	"
Maestros	7	"

Ingenieros	6	"
Economistas	5	"
Abogados	6	"
Médicos	4	"
Otras profesiones	6	"

¿Dónde están los millonarios? Todo este conjunto es una representación genuinamente popular.

No sólo están representadas las ramas profesionales, sino dentro de cada una de ellas sus ramificaciones especiales. Los trabajadores no sólo lo son de la industria, sino también de la agricultura, los que desempeñan la diputación. Entre los empleados figuran los empleados públicos y los particulares. Entre los artesanos, hay zapateros, pintores, albañiles, herreros, confiteros, jardineros, electricistas, cerrajeros, hojalateros, fundidores, fumistas, canteros y un carpintero. Entre las profesiones liberales se encuentran abogados, médicos, curas, consejeros de enseñanza, químicos, boticarios, geómetras, etc.

Este partido, cuya minoría parlamentaria estaba compuesta por 230 diputados, sólo tenía tres fabricantes y cinco terratenientes. La imputación de burgués es completamente falsa.

4.-LA CRUZ GAMADA

¿Qué significa la cruz gamada? Este símbolo del nacional-socialismo lo define *Hitler* como una idea del trabajo. En alemán, la cruz gamada, *Hakenkreuz*, significa cruz ganchuda o cruz de arado. «*Dirección de la lucha por el triunfo de los hombres del Norte y al mismo tiempo, la victoria del pensamiento del trabajo creador, que eternamente ha sido y será antijudío*», eso significa, según *Hitler*, la cruz gamada (*Mein Kampf*, página 557.)

Independientemente de su representación nacional-socialista, la cruz gamada es el emblema más antiguo de la cultura humana. Se encuentra desparramada por el haz de la tierra y ha sido para los pueblos primitivos la imagen santa del Sol. Esto representa, menos para los semitas y los australianos. Proviene esa cruz de otra aún más primitiva que formaba una rueda, una cruz como diámetros de una circunferencia; más tarde quedó la circunferencia solamente indicada. Esvástica, es otro de los nombres con que se la designa.

De la cruz gamada proviene la cruz griega y de ella también la *crux commissa* del cristianismo.

La estrella de cinco puntas es el símbolo del misterio, de la perfección, del Universo y de la salud. Ha sido el signo de muchas sociedades secretas, fetiche contra los malos espíritus en la Edad Media y emblema, hoy, de los *soviets*.

La estrella de seis puntas o *estrella de David* es el escudo de los judíos, el signo del sionismo. La estrella de David, según la doctrina de la cábala, es la compenetración del mundo sensible y del invisible, la venida del *Mesías*, la piedra angular de la vida y la divinidad...

Sobre la cruz gamada se ha formado una abundante literatura. Sólo citaré un escrito muy completo de *Lechler (Vom Hakenkreuz, Leipzig, 1921.)*

Se trata, pues, de un símbolo y su valor es, principalmente, distintivo y psicológico. Es indudable que los hombres sienten más las ideas si se materializan, y tal vez las comprenden mejor. Los colores de las banderas, las creaciones de la heráldica, ¿qué significan sino eso? Los símbolos, alegorías y emblemas son el lenguaje poético que mejor se siente, y sí van acompañados de himnos musicales, entonces aumentan las fuentes de energía. No en balde los griegos buscaron un cantor para ganar batallas, y *Tirteo* fue la confirmación de idea, al parecer, tan rara.

5.-EL SOCIALISMO NACIONAL Y EL ANTIFASCISMO DE LOS MARXISTAS

El calificativo de socialista aplicado al movimiento hitleriano no ha sido considerado como propio por algunos. El historiador del nacional-socialismo, *Conrad Heiden*, es de esta opinión. (*Heiden, Geschichte des National-Sozialismus. Die Karriere einer Idee, Berlín, 1933*)

No obstante, tiene su fundamento el calificativo, no solamente aplicado al nacional-socialismo, sino también al fascismo italiano. Lo que ocurre es que muchos han reservado exclusivamente para el colectivismo la denominación socialista y el fascismo dista mucho de ser colectivista.

¿Por qué el fascismo es socialismo? Por dos razones, principalmente:

Por una razón histórica, ya que las raíces de muchas de sus ramas ideológicas se encuentran en los socialistas del siglo XIX, en el socialismo teórico de *Platón* y en el socialismo práctico de *Esparta*.

Por una razón teórica, ya que el fascismo sigue las concepciones centrales de la doctrina socialista. Y no es marxismo porque ni estatifica los medios de producción ni suprime la libertad ni la propiedad privada.

* * *

El ejemplo de lo ocurrido en España con motivo del fascismo es muy significativo.

¿Por qué los socialistas españoles, defensores del marxismo han tocado a rebato al simple anuncio de la aparición de *El Fascio* e inducen a sus partidarios a que lo combatan, sin repugnar ningún procedimiento? Durante estos tres últimos años ha habido un verdadero "charivari" de nuevos partidos, más o menos afortunados en el salto dado en el trampolín de la plaza pública, pero ninguno ha suscitado, como el *nonnato* partido fascista tan terrible reacción, por una parte, y, por otra, expectación nacional tan vibrante. Tal vez lo uno explica lo otro. Pero la verdadera causa queda aún en el misterio. Los marxistas dicen, como justificación de su actitud amenazadora, que el fascismo va "contra los trabajadores", y aprovechan la oportunidad para anunciar una dictadura socialista, que más bien sería un recrudescimiento feroz de la existente. Todo ello me hace pensar otra vez en la, al parecer, causa misteriosa del paroxismo marxista.

* * *

Tratárase de un nuevo partido burgués y no se habría movido ni la más ligera hoja de la prensa socializante que conocemos. A lo sumo, algunos puñados de sal gorda como comentario. Ello ya me orienta en el diagnóstico del caso patológico marxista ante el fascismo. Y después de mucho meditar, deduzco una paráfrasis de la afirmación marxista que lo explica toda: el fascismo no va contra los trabajadores, sino a los trabajadores. La ira catastrófica de los marxistas queda reducida, en el fondo, a una maniobra de tendero que no quiere que le quiten la parroquia. Cuando los sindicalistas comenzaron a socavar la Internacional Socialista, cuidaban de denunciar a los proletarios la alianza socialista-burguesa que fusilaba en tierras de Francia a los obreros con tanta facilidad como el general *Marqués de Gallifet* abatía comunistas al reconquistar París para la República; cuando *Lenin* fundó la Internacional de Moscú no sintió empacho ninguno en declarar que los socialistas estaban en el estercolero burgués... Todos disputándose la parroquia proletaria y demostrando que el odio de los congéneres ha sido siempre mortal. Se combaten, no por estar muy lejos, sino por estar cerca; no por encontrarse enfrente, sino por estar casi al lado. No vale empujar, piensan los socialistas. Y ahora los fascistas despliegan una bandera que grandes masas de trabajadores saludan ya como suya. Llegan como nuevos concurrentes y la casa marxista se va quedando desierta. Sucede lo mismo que con el católico, que se le da una higa del gran *Lama* del Tibet, pero odia al cristiano *Lutero*.

* * *

Tal vez extrañará a muchos que el fascismo sea un partido de trabajadores y para los trabajadores, pero, en realidad, así es. Pero entiéndase bien que mientras los marxistas sólo reconocen la condición de trabajador al proletario, o sea al que vive de un salario eventual, el fascismo potencia el concepto y hace entrar en él a «*todas las fuerzas de la producción*» (así reza la *Carta del Trabajo* en Italia), sin excluir las profesiones liberales, «*a todos los que ganan su pan por medio del trabajo espiritual o corporal sometidos a la servidumbre*

del interés del dinero», como proclaman las tesis programáticas del nacional-socialismo alemán. Su ideología es una exaltación del trabajo solidarizado y su recluta se ha hecho entre las capas sociales que se extienden como estratos desde el capitalismo hacia abajo, llegando hasta el mismo proletariado. Considera el trabajo como un deber y no admite las rentas fundadas en la simple posesión inactiva. Así lo proclama la tesis 11 del programa de Hitler. Y va tan lejos en lo relativo a las rentas del trabajo que llega hasta la determinación técnica y objetiva del salario justo, problema que tanto ha preocupado a todos los economistas. Entonces, se nos dirá, ¿si eso no es socialismo, qué es? Es verdad: el fascismo es socialismo y de pura cepa, socialismo que, como el vino viejo y guardado en la cueva silenciosa, con el tiempo crió aroma. Ello explica la competencia encarnizada de otros partidos comunistas y comunistoides.

* * *

Pero ese socialismo fascista, que lo es por cuanto abarca la vida material y espiritual de la Nación, responde a la concepción prístina de los fundadores de la doctrina socialista, la que no sacrificaba la personalidad al socialismo ni éste a la personalidad, y no es marxismo porque acepta la iniciativa y la propiedad individual de los medios de producción y suprime la lucha de clases. No destruye el capital, sino que lo subordina a las conveniencias de la comunidad (*«utilidad común antes que utilidad individual»*, dicen los hitleristas); establece una disciplina de todas las fuerzas de la producción más bien en sentido conservador. ¿A qué destruir el capital si necesariamente habría que reponer las acumulaciones? El llamado plan quinquenal ruso no es sino una marcha forzada del trabajo productivo con el fin de ahorrar, acumular limitando el consumo, para dar nacimiento otra vez al capital. Ese gran capital financiero que el marxismo intenta, de golpe y porrazo, socializar, provocando con ello un terrible colapso en la economía nacional, no se suprime en el régimen fascista, pero se sujeta a normas de convivencia económica y social. En una palabra: el marxismo despoja; el fascismo solidariza.

* * *

Así se comprende que encierre el fascismo una fuerza magnética formidable para las grandes masas y se difunda tan pronto se da a conocer. El trabajador se siente hasta halagado cuando se le hace posible y grata la convivencia con otras clases de trabajadores no sólo en las declaraciones mas o menos pomposas de la Constitución sino también en la vida social ve un porvenir práctico e inmediato. Ante todo esto, el marxismo siente la pasión de la rivalidad y se esfuerza por presentarse como la verdadera *tía Javiere* en defensa de su puesto. Niega el agua y el fuego al fascista por los mismos motivos de conveniencia práctica que le ha llevado, siempre, a combatir sañudamente la democracia social conservadora que le restaba fuerzas obreras. Todo esto me hace recordar que los reaccionarios de antaño se opusieron a la Internacional y entonces el gran repúblico *Salmerón* pronunció sus mejores discursos en defensa del derecho de los socialistas sin serlo él. Hoy, los reaccionarios son los socialistas antifascistas. ¿Por qué no dejar predicar una idea? Si nada vale ni nada la justifica, pronto será escupida de la

circulación como una escoria. Escuchemos, leamos, meditemos aun sin compartir las creencias ajenas. En eso está el alma de todo progreso.

-POSTSCRIPTUM

Recibo las galeradas correspondientes a las páginas anteriores para corregirlas en Berlín, durante el verano de 1933, antes de haberse cumplido los seis primeros meses de haber formado gobierno el Canciller *Adolfo Hitler*. Y en tan poco tiempo ha llevado a cabo resoluciones fundamentales en los amplios dominios de la vida pública, resoluciones que en su conjunto responden a la orientación general del nacional-socialismo. Leyes sobre la purificación administrativa, sobre nombramientos de gobernadores, eliminación de la ideología marxista y de las organizaciones incompatibles con el nuevo Estado. A semejanza de las piedras que se van colocando para formar un gran mosaico, el nacional-socialismo va completando su obra, todos los días, infatigablemente.

En poco tiempo ha suprimido los partidos políticos para demostrar que el Estado puede vivir sin ellos, desde el comunista hasta el Centro, pasando por todos los intermedios; ha decretado la formación de un Consejo de Estado para Prusia, que es el mejor substitutivo del Parlamento representativo; ha resuelto la cuestión que dividía a los evangélicos alemanes, pacificando los espíritus, al mismo tiempo que concertaba el Concordato con Roma (por primera vez en el *Reich*), dando así una satisfacción a los católicos y realizando un acto de justicia; lo que no pudo hacer ningún Canciller durante muchos años lo ha realizado *Hitler* en pocos meses: la ratificación del tratado con Rusia. Al mismo tiempo, el número de los sin trabajo ha disminuido en cerca de millón y medio, y se ha dotado a jóvenes obreras.

Su programa sobre los bazares se realiza paulatinamente, y aquí, en Berlín, se ve en almoneda forzosa a los más grandes; el antisemitismo ha dado también la batalla, recordando a los judíos su acción violenta, en unión de los marxistas, contra los nacional-socialistas... ¿A qué seguir?

La cruz gamada flamea en las banderas y éstas aparecen en todas partes. Y todos los días, al anochecer, veo pasar por la plaza de la iglesia erigida en memoria del emperador Guillermo, columnas de *nazis* con su uniforme; van cantando himnos patrióticos y le siguen también en formación, los nuevos reclutas del partido que aun no llevan el uniforme, como los quintos en España cuando salen de los pueblos. Junto a los hombres maduros, veo caras juveniles, casi de niños, que acuden a engrosar el formidable ejército de *Hitler*. Y, también en formación aparte van las obreritas de tez pálida que salen de sus tiendas y talleres, siempre cantando por la salvación de Alemania.

La idea se ha hecho carne. ¡Felices los pueblos que sienten la emoción de los ideales, que saben seguir a los caudillos y no desertan de las banderas que exigen, ante todo, paz y trabajo! Porque no basta predicar y exportar doctrinas: esas, no valen nada si no van acompañadas de un buen material humano.

Berlín, agosto de 1933.